

Abd el-Kader Tayeb, Ben Chiqri Ahmed El Hach

Juan Pando Despierto

Abduna, Melilla, 1864 / 1950

Afamado jefe de los Beni Sicar, cuya lealtad a España evitó la pérdida de Melilla en las sublevaciones de 1909 y 1921. Los Beni Sicar eran entonces —y son— la tribu dueña de la península de Tres Forcas, largo espolón embutido en el mar, cuyo flanco izquierdo mira a Poniente, mientras el derecho se levanta ante Poniente y, desde su posición, flanquea a Melilla, cercándola. De ahí su relevancia estratégica, que mantiene. Gibraltar alargado y amurallado por su condición semirrocosa, en una época donde el fusil gobernaba la política, podía hacer imposible la vida en Melilla y hasta la supervivencia misma de España en el Rif. Toda la plaza estaba a su alcance efectivo: siendo de mil metros y hasta de mil trescientos metros en ocasiones (siempre que no hubiese viento lateral o en contra), nadie hubiese podido moverse por las calles y plazas de Melilla con solo un centenar de tiradores apostados en las bancadas pétreas de Tres Forcas.

Semejante amenaza tomó forma una tarde-noche de julio y en la noche-madrugada de otro mes de julio. La primera, el 27 de julio de 1909, tras saberse el sacrificio de la brigada de Cazadores de Madrid, que reventada quedó en las entradas al Barranco del Lobo; la segunda, al alba del 24 de julio de 1921, dos días después de haberse confirmado que el general Silvestre se había suicidado en Annual y los restos de su ejército habían llegado a Batel, lejos todavía de Monte Arruit, donde entrarían el 29 de julio y allí finalmente perecerían once días después. Aquellas amistades bien apretadas entre españoles y rifeños evitaron mayores desastres. En 1909, la fidelidad de Abd el-Kader al general Marina hizo de cerrojo y puerta acorazada de Melilla. En 1921, el juramento de suicidarse juntos, que el mismo Abd el-Kader pactase con dos capitanes españoles (Jiménez Ortoneda uno de ellos, posiblemente), constituyó la argamasa salvadora de los melillenses y de todo el Protectorado español.

Esos cruces de compromisos y lealtades juradas salvaron a las gentes de Melilla; a una política colonial elemental que protectoral fue tras hacerse adulta; a una monarquía herida de muerte, acorralada por los triunfos de los jefes naturales de aquellas dos insumisiones (la segunda fue mayor al ser también revolución), Sidi Mohammed Amezzián y Abd el-Krim el Jattabi. Concluida en 1927 la guerra entre españoles y rifeños, entró España en guerra consigo misma, una constante en su trayectoria contemporánea. A luchar por esa España “con Dios”, frente al país de los ateos (la Segunda República), se alistaron los supervivientes de aquella guerra, incluso sus jovencísimos hijos. Los hubo con diecisiete años y menos. Pocos sobrevivi-

eron. A cientos y luego a miles, murieron: los mayores de cuarenta y los menores de veinte. A miles, que al final fueron dieciocho mil, resultaron heridos, mutilados o enfermaron de por vida. Para darles vida y fuerza cruzó el Estrecho, un día de abril de 1937, Abd el-Kader en persona. Fue un asombro verle y saber del desbordante entusiasmo que recibió de la llamada “España Nacional”. Estuvo en el sur, fue al este, pasó al centro, subió al norte y luego al noreste, puntos cardinales de un país envuelto en guerra. Finalmente, agotado pero rejuvenecido, volvió a su hogar tras dejar pruebas de grandeza. De esos viajes, en los que recorrió los hospitales de sangre —dos docenas había— repartidos por la España de Franco, que no cesaba en sus batallas de desgaste, con las que mataba a enemigos y partidarios por igual, crónica hay de su apoteósica entrada en Jerez de la Frontera, un martes 6 de abril.

> Salto de página → corregir —

Sabían los jerezanos quién iba a verles, pero por si se hacían los remolones en ir a vitorearle, el comandante de la plaza, Enrique Fernández y Rodríguez de Arellano, ordenó lo que la prensa constató: “El comercio había cerrado sus puertas y se cumplieron unas horas de asueto en oficinas y talleres”. En síntesis: todos a la calle, que hoy no se trabaja y hay que cumplir con la patria. Mandato obedecido al pie de la letra. Y con el pleno convencimiento de madres, hijas y esposas. Solo habían pasado dieciséis años desde aquel julio siniestro en el que pudieron perder padre, hijo, hermano o esposo. Por fin tenían a quién agradecerse, que no era el “glorioso” Movimiento Nacional, sino un anciano sonriente y todavía de buen ver, con ropajes de blanco inmaculado y turbante afín, en cuyo pecho brillaban tres cruces al Mérito Militar con distintivo Rojo y la Gran Cruz, con banda, de Isabel la Católica, concedida por el rey Alfonso XIII en 1924. El moro noble y valiente condecorado con la Orden de aquella reina castellana casada con un monarca aragonés, que advirtiera, poco antes de su muerte y cuatro siglos atrás, sobre el peligro de los antepasados de Abd el-Kader.

Al jefe de los Beni Sicar no le faltaron aplausos y vítores, ni se le recortó un solo grado del reconocimiento institucional que merecía. Al contrario, se le ascendió en rango. Y no fue ningún exceso. A raíz de la reestructuración de las tribus agrupadas en la Confederación de Guelaya (cerca de Melilla), le había sido otorgada, “a su intención”, esto es, por sus méritos, el título de *naib* (delegado) del gran visir (Ben Azzuz entonces). Aquel martes de abril, Jerez toda expectante, cuando Abd el-Kader, tras subir a un “milord”

Abd el-Kader Tayeb, Ben Chiqri Ahmed El Hach

(lujosa berlina abierta), facilitado por “Doña Petra de la Riva, viuda de Domecq”, se disponía a iniciar su recorrido flanqueado por “flechas y pelayos” (asociaciones juveniles militarizadas), el público estaba prevenido de que llegaba “el Visir (con mayúscula) de la Zona Oriental de Marruecos”. Como rey mago que era, bendito salvador de madres, hijas y esposas de España, Abd el-Kader recibió, primero, el respetuoso saludo del alcalde de Jerez (Benito Rico); quitó entonces el cochero el freno al vehículo, “arrastrado por cuatro soberbios caballos”, y aquella berlina mágica, venida de Oriente, atrapada fue en el acto por la ciudadanía femenina entre lágrimas, rosarios y suspiros. Nunca jamás tiraron tantos besos a rey alguno en Jerez de la Frontera.

Su adiós a España permaneció en las páginas de la prensa nacional. Su fiel consejero durante todo el viaje (que duró un mes), el comandante y periodista Antonio Olmedo, le despidió desde el *ABC* de Sevilla con un titular que proclamaba: “Señor de Romance”. Tras unas bien ganadas alabanzas, la despedida: “¡Paso a los hijos del Desierto!”. Insuperable.

Sintiendo cercana la hora de su muerte, el jefe de los Beni Sicar decidió aguardarla en Abduna, estoico aduar del universo de Tres Forcas donde él naciera. Consumado el óbito, informado fue el jefe del Estado. Y con inusual rapidez respondió con un dictamen suyo (Presidencia del Gobierno), en el que ordenaba: “Sean rendidos al Excmo. Sr. El Hach Abd el-Kader Tayeb Ben Chiqri, delegado del gran visir en la Zona Oriental, honores de comandante general con mando en plaza. Así lo dispongo por el presente Decreto, 9 de noviembre de 1950. Francisco Franco”. El bilaureado general Varela, informado a la par, apartó de sí, por unas horas, al cáncer que lo mataba y se plantó en Melilla para presidir el entierro. Dos mil soldados españoles cubrieron el recorrido. Los hijos de los padres salvados de la muerte en 1921 honraban al progenitor que jamás pensaron conocer. Melilla se volcó en su homenaje. Por su cabeza de mando habían pasado delegados conquistadores de los Medina Sidonia, tenientes generales y generales de división. Pero gobernador perpetuo, ninguno. Y ese hombre *segúa siendo* Abd el-Kader, defensor del valor fiado a una lealtad, a un juramento.